

Enero

Un día de enero de 1955

Tomás López Sarmentero, de profesión panadero, como sus abuelos maternos —de los que, además de la profesión, heredó su costumbre de no tener reloj— madruga más que nadie en el pueblo. Despertado por el repicar de las campanas, justo cuando son tres las veces que la úvula hace retumbar el metal, inicia su ritual diario: se asea lo imprescindible y, tras vestirse, aún en ayunas, desfila por la calle del Calvario hasta su puesto de trabajo donde, como repetirá durante incontables años, prepara el pan para todas las familias del pueblo y para algún forastero despistado. Trabaja sin descanso hasta bien entrada las cinco, momento en el que deja todos los panes dispuestos en las estanterías de su local, cierra la puerta con llave como si no fuera a volver jamás y se marcha relajado. Le gusta ir a la estación de tren donde, sentado en el suelo del andén, apoyado en la pared de piedra del edificio principal, cierra los ojos y se entretiene escuchando el piar de los primeros pájaros que anuncian la inminente salida del sol. No tiene frío porque sus abuelos, por parte de padre, eran pastores. Y, bien se sabe, que los pastores, poco le temen a las inclemencias del tiempo, al igual que, dicho sea de paso, tampoco tienen costumbre de utilizar relojes. Tomás permanece sentado, pensativo, disfrutando de la gélida brisa, aguardando la llegada del primer tren, procedente de Valladolid. Los raíles anuncian su entrada con su chirriar. Tomás sabe que son las 6:53, tal y como bien marca el letrero que, colgado en la puerta de la estación, indica los horarios de paso: “Quintanilla de Arriba: 6:53”. Se levanta, se da unas palmadas en el culo para limpiarse un polvo que solo existe en su imaginación, y, mientras oye al tren alejarse camino de Ariza, se dirige de nuevo a su panadería donde, los clientes más impacientes, aguardan ya en la puerta. Como llega unos minutos antes de la hora de apertura, Tomás les hace esperar hasta las siete en punto, ignorando los resoplidos de impaciencia de los más jóvenes.

Un día de enero de 1985

El viejo Tomás, fiel a su rutina, se despierta con el sonido de las campanas y, a pesar de que su bronquitis intenta impedirselo, se dirige a su vieja panadería. Una vez horneado todo el pan que prevé vender hoy, emprende su camino hacia la estación. Durante su recorrido sonríe al pasar junto a las estatuas de las lavanderas, recordando las palabras que le dirigían en su juventud. Una vez junto a las vías, se sienta en un banco a esperar a que llegue el tren desde Valladolid, momento en el que volverá a la panadería. El frío se muestra especialmente hostil hoy. La espera parece eterna. “Será porque estoy enfermo; necesito dormir un poco”, piensa Tomás, por lo que, encogido y tiritando, cierra los ojos sabiendo que, como otras muchas veces, tan solo el ruido del tren será capaz de despertarle. Ya son las 7:00 y los vecinos más viejos aguardan frente a la puerta de la panadería. Pero Tomás aún no ha llegado. Esperan hasta las 7:30; algunos incluso hasta

las 8:00. La puerta sigue sin abrirse. Desorientados, preguntan a los jóvenes del pueblo si conocen algún otro lugar donde comprar el pan. Aliviados, acaban todos comprando barras en un pequeño supermercado. A la hora del almuerzo el alivio se transformará en añoranza.

Como bien ya saben los vecinos más viejos, aquel enero de 1985 la estación no recibió a ningún tren. Ni aquel día ni los siguientes. Tomás López Sarmentero nunca llegó a saberlo.